

“LA NARRACIÓN ORAL: UN ARTE AL ALCANCE DE TODOS”

Por ISABEL TEJERINA LOBO. Facultad de Educación.
Universidad de Cantabria.

(Publicado en *¿Por qué narrar? Cuentos contados y cuentos por contar*. Cuenca: Ediciones de la Universidad de Castilla La Mancha, 2010. Colección Estudios, nº 126. ISBN: 978-84-8427-700-2. Págs. 51-66).

INTRODUCCIÓN

Mi exposición se centra en la narración oral, en la actividad de contar los cuentos en voz alta.

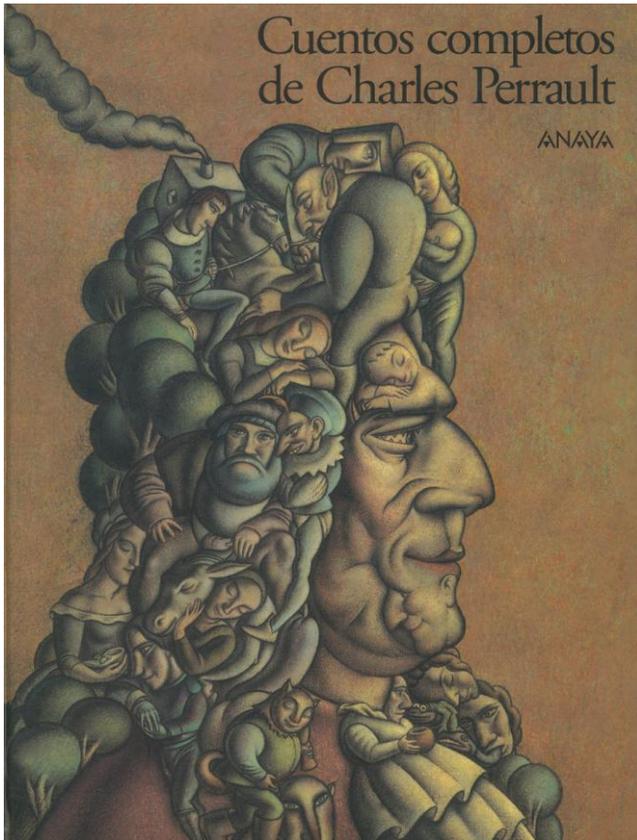
Un primer punto introductorio que deseo dejar claro es que contar los cuentos no es lo mismo que leer los cuentos en alta voz. Esta identificación es falsa y está muy extendida la confusión. No hay igualdad entre ambas, aunque se den aspectos comunes; no se requieren iguales condiciones ni se consiguen los mismos efectos y beneficios.

Otro falso tópico a eliminar es el que presupone que contar cuentos es una actividad básicamente escolar y destinada a los niños pequeños. Un error y una pena. Desde Educación Infantil hasta la Universidad, desde el tiempo de dormir al pequeñín en la casa hasta los espacios sociales y culturales y las sesiones al aire libre, para todos los públicos y todas las edades. La magia y el atractivo de los relatos contados no tienen barreras temporales ni espaciales.

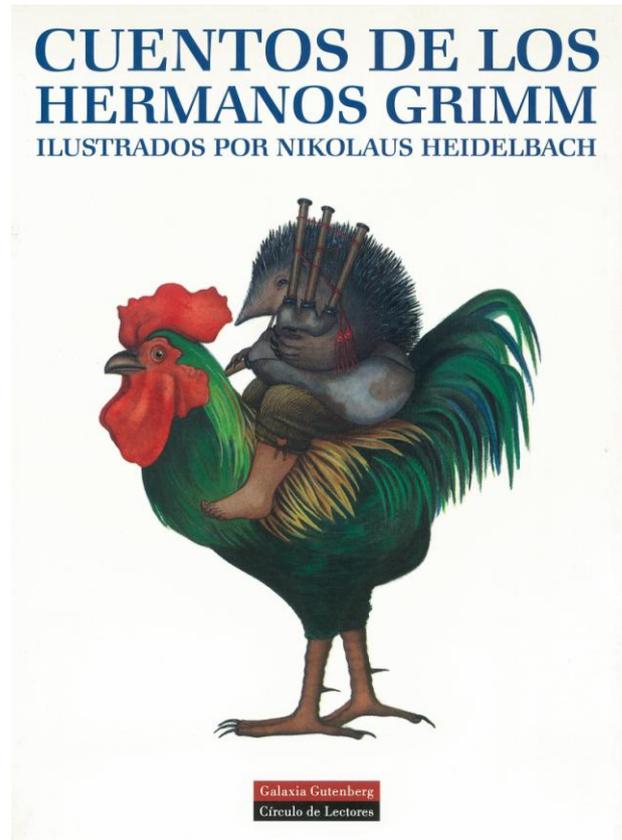
Del universo inmenso y variado de los cuentos antiguos y modernos, me voy a ceñir especialmente a los cuentos de la tradición popular, a los cuentos de *antaño*. Sobre ellos, no podemos obviar la referencia y el recuerdo a las aportaciones de los muchos estudios que han profundizado en sus diversos aspectos, en la riqueza de sus múltiples lecturas: Freud, Jung, Mircea Eliade, Marie-Louise von Frantz, Vladimir Propp, Marc Soriano, Jacqueline Held, Rodrigo Gil, Rodríguez Almodóvar.

En el campo pedagógico más concreto hay ensayos inolvidables: tengo un especial recuerdo y recomiendo el placer de la lectura de la primera parte del *Psicoanálisis de los cuentos de hadas* de Bettelheim, *Pues señor...* de Elena Fortín, *La aventura de oír* de Ana Pelegrín, *Los cuentos en la educación de los niños* de Christa Meves, *El poder de los cuentos* de Georges Jean, *Cuentacuentos* de Ventura y Durán o la acertada síntesis de sus rasgos y funciones en el capítulo de Narrativa de la *Introducción a la literatura infantil* de mi compañero y maestro Román López Tamés... Los profesores y los estudiantes de las ciencias de la educación disfrutarán también con el inolvidable ensayo de Carmen Martín -Gaité: *El cuento de nunca acabar*.

Del inmenso repertorio de los cuentos para contar se han realizado múltiples antologías de las que cabe citar las de Perrault, Grimm o Andersen que hizo Anaya en su estupenda colección *Laurín* (hoy fuera de catálogo) y las nuevas y constantes ediciones de los mismos clásicos (las ilustraciones que he usado como broche de cierre para los distintos Apartados de este trabajo pertenecen a algunas de ellas), las variadas colecciones de diferentes países, etnias y culturas o las selecciones firmadas por Italo Calvino, José María Guelbenzu, Rodríguez Almodóvar, etc.



Cuentos completos de Charles Perrault
Madrid: Anaya, 1997
Ilustración de Javier Serrano



Cuentos de los Hermanos Grimm
Galaxia Gutenberg-Círculo de Lectores,
Barcelona, 1996

EL ARTE DE CONTAR CUENTOS

La magia de los cuentos contados alcanza tanto al que cuenta como al que se deja fascinar por el cuento que está escuchando. Me voy a centrar en algunos de sus aspectos y desarrollar de modo muy sintético ciertas coordenadas de la actividad en cinco grandes Apartados:

- I) **Por qué contar cuentos?**
- II) **¿Quién puede contar cuentos?**
- III) **¿Cómo contar los cuentos?**
- IV) **Tiempo, espacio, materiales.**
- V) **Actividades y trucos paralelos.**

I) **¿Por qué contar cuentos?**

Como sostiene George Jean en su excelente ensayo *El poder de los cuentos*, las historias, los relatos de antaño son una fuente inagotable de placer y de sabiduría. Su pervivencia está ligada a la selección de la versión más genuina y a su análisis y estudio con todos los recursos de las ciencias humanas. Su vigencia se vincula también al uso de prácticas creativas para recrear viejos mitos y crear nuevos cuentos desde el imaginario moderno. Constituyen además un poderoso instrumento de educación sobre

todo implícita debido al intercambio de lo subjetivo y de la realidad en el mundo imaginario y porque en su recepción se integra de modo individual el mundo exterior y el interior (G. Jean, 1988, pp. 279 y 253).

Sabemos bien y está comprobado que el niño aprende por intereses y estímulos. De ahí el valor de los cuentos también en los aprendizajes específicos, por ejemplo, en el aprendizaje de la lectura y la escritura. A este respecto me parecen muy acertadas las reflexiones de Juan Mata en *Como mirar a la luna*:

“Los fracasos en el aprendizaje de la lectura y la escritura conciernen sobre todo a los niños que han crecido sin libros a su alrededor, sin juegos de lenguaje a la hora de acostarse, sin diálogos acerca de las letras, de modo que nuestra obsesión debería ser evitar que el paso de los días extinga en unos el deseo primario de aprender a leer y, al mismo tiempo, tratar de inculcar en otros el júbilo de internarse en el bosque de las palabras” (Mata, *ibidem* pp. 36-37)

El mismo autor plantea el debate entre la enseñanza sistemática de la descodificación frente al acceso al significado del texto. Lo importante, dice, es que los aprendizajes de habilidades lingüísticas, sea la descodificación o la naturaleza combinatoria de la escritura, no se aprendan en un contexto abstracto. Como se plantea todavía en muchas aulas. La desintegración del lenguaje con el pretendido objetivo de su aprendizaje es un error mantenido. Hay que partir de las unidades con sentido como señalan los métodos globales o naturales y de la atención al niño real: pensamientos, capacidades cognoscitivas, conocimientos lingüísticos implícitos y entorno social. Y hacer del aprendizaje de la lectura y la escritura una actividad motivada y significativa, para lo cual resulta ineludible utilizar desde el comienzo auténticos textos literarios. Y denuncia que aún hoy día:

“Los primeros textos de lectura, artificiosos por lo general, están ideados para acompasar el progreso de los alumnos, por lo que suelen carecer de la complejidad semántica, sintáctica y significativa de los cuentos que les son narrados o leídos a los niños fuera de las aulas”. (Mata, 2004, p. 37):

El poder de los cuentos radica en incitar la imaginación de los pequeños y de los mayores para vivir las aventuras humildes y maravillosas de hombres de todas partes y de siempre que se han esforzado por inventar lo real para afrontarlo mejor. Cumplen una doble función, sensible y transformadora, tal como sostiene Georges Jean en su acrisolada pedagogía: Excavan en nuestra sensibilidad pozos claros y oscuros por donde surge la poesía y alientan el crecimiento de lo imaginario, de donde puede surgir

“uno de los destellos que cambiará el lado absurdo del mundo, pues éste necesita del poder de los cuentos y de la subversión para sobrevivir” (Jean, 1988, p. 280).

No hay mejor ejemplo de esta doble función que el de *Las mil y una noches*: Sherezada transforma al rey Sahrigar en un ser humano, en un ser sensible y civil. Las historias contadas alrededor del fuego son el despuntar de la civilización, afirma Vargas Llosa y lo explica con estas sugerentes razones:

“Como Sherezada transforma al rey Sahrigar, esas historias que ardían en la caverna primitiva, alrededor del fogón que apartaba a las alimañas, fueron humanizando a sus oyentes. Ellos son el despertar de la civilización, el punto de arranque de ese prodigioso camino que llevaría a los seres humanos, al cabo de los siglos, a los grandes descubrimientos científicos, a la conquista de la materia y del espacio, a la creación del individuo, de los derechos humanos, de la democracia, de la libertad y, también, ay, de los más mortíferos instrumentos de destrucción que haya conocido la historia. Nada de eso hubiera sido posible sin el apetito de la vida alternativa, de otro destino distinto al propio, que hizo nacer en la especie la idea de inventar historias y contarlas, es decir, de hacerlas vivir y compartir mediante la palabra y, luego, más tarde, la escritura. Ese quehacer, esa magia, refinó la sensibilidad, estimuló la imaginación, enriqueció el lenguaje, deparó a hombres y mujeres todas las aventuras que no podían vivir en la vida real y les regaló momentos de suprema felicidad. Eso es también la literatura: un permanente desagravio contra los infortunios y frustraciones de la vida”. (“Contar cuentos”, 2008, p.37).

La literatura aporta un imparable caudal de conocimientos que descubrimos y atesoramos sin darnos cuenta, de manera que el cometido de los profesores entusiastas es crear las condiciones para poner a los niños en disposición de dejarse seducir por ella, porque como dice el escritor y profesor Luis Landero:

“La literatura se aprende, pero no se enseña” (*Entre líneas: el cuento o la vida*, 2001, p. 87).

Una virtud esencial y específica de los cuentos narrados es que recuperan la grandeza y la diversidad de la oralidad.

Aprender a escuchar los cuentos, aprender a decirlos, disfrutar sus historias

“condice inevitablemente al deseo irreprímible de leer todos los libros”. (Jean, 1988, p. 280).

El acervo cultural de los cuentos populares, especialmente en sus versiones originales, es tan rico como la variedad de sus símbolos. Así el simbolismo de los colores, una constante estética y simbólica de gran fuerza como analiza en sus raíces Enrique Balasch (2003, pp. 221-223). Por ejemplo, el color blanco y el color rojo afloran con especial contenido en *Hansel y Gretel* y en *Blancanieves*. Las piedras blancas para marcar el camino de regreso, simbolizan que el blanco es el color de la pureza y también el camino del conocimiento, al igual que el hilo de Ariadna. La bruja que se los quiere comer tiene los ojos rojos: “Las brujas tienen los ojos rojos y no pueden ver muy lejos”. El rojo, como el negro, simboliza el mal. De igual modo, la universalidad de sus valores, en especial el de la justicia, el triunfo del bien sobre el mal y el de la esperanza en un final feliz, que transforma una situación desesperada en un hecho llevadero, los cuales le ayudarán a vivir y a crecer con seguridad.

Los cuentos son también un arma poderosa contra la “imagedependencia” (en la expresión de Miryam Nemerovski) de la TV y de los libros ilustrados, cuyo mal uso y abuso puede ser un lastre para la imaginación. El consumo de imágenes con que los

niños de hoy inician su andadura escolar genera una enorme pereza para la construcción de representaciones mentales, una operación imprescindible en el aprendizaje lector. Muchos niños están tan condicionados que ya sólo quieren ver dibujitos y, por ello, es muy necesario ayudarles con la narración de cuentos, con lectura en voz alta, con los juegos poéticos... para que descubran el placer de imaginar, de mirar adentro, de elaborar su propia imagen de los personajes. La valorización que considero excesiva del papel de la imagen en la formación del niño lector y la sabrosa polémica sobre si las imágenes impulsan o limitan la imaginación de los lectores, no elimina la belleza y el valor de los buenos álbumes en los primeros aprendizajes, sobre todo de aquellos que unen el atractivo estético de las ilustraciones a una estupenda historia bien contada, como es el caso por ejemplo de *Siete ratones ciegos* de Ed Young, que considero modélico (Tejerina, 2008).

No menos importante es el hecho de que la ficción del cuento crea una realidad que se funde a veces con la del propio mundo real. Los lectores vivimos con frecuencia esa experiencia que Luis Landero expresa de este modo:

“Dentro del cuento, naturalmente, había algunos ruidos, que el niño oía con la imaginación: las palabras de los personajes, el cuento de las sirenas, las voces lejanas de los marineros y, sobre todo, el trajín de las olas. Fuera del cuento había también otros ruidos (...) Quien haya escuchado alguna vez una historia de miedo habrá tenido la impresión de que, en efecto, los ruidos del mundo real se van incorporando, por sugestión al mundo imaginario. Y al revés: un crujido en el pasillo nos invita a pensar que el asesino se ha salido del cuento y viene en nuestra busca”. (Landero, 2001, p. 23).

Y el poeta Ángel González con su breve y convincente diálogo:

- ¿Por qué lloras si sabes que todo lo que dice el cuento es de mentira?
- Lo sé. Pero lo que yo siento es de verdad”. (González, 2000, 119 + 1 = 120 poemas)

Para terminar este Apartado de algunas de las poderosas razones del beneficio de contar cuentos a los niños, recordemos algunas frases célebres:

“No hay una mirada más hermosa que la de un niño cuando se cuenta un cuento”. (Fernando Savater)

“Los maestros deberíamos ser más cuentistas que contables”. (Daniel Pennac)

“El sentido más profundo reside en los cuentos de hadas que me contaron en mi infancia, más que en la realidad que la vida me ha enseñado”. (Schiller).

“Si mi hijo oye cuentos, será bueno; si no crecerá mal” (Proverbio de los indios navajos. EE.UU.)

“No estás jodido de verdad si tienes una buena historia y alguien a quien contársela”. (Giuseppe Tornatore, director de *Cinema Paradiso*).

Y la reveladora anécdota que relata Jeanne Demers y recoge Román López Tamés en su citada obra (1985, p 27) en la que una señora, que deseaba para su hija en el futuro una brillante carrera científica, preguntaba a Einstein qué libros habría de leer para su preparación. El sabio contestó sin dudarle: “cuentos de hadas”. ¿Y luego?, insistió la madre. “Siempre cuentos de hadas”. Parece que esta respuesta pudiera responder a la convicción de que la exploración científica nacida del positivismo no puede ser ajena a la fantasía y que, tal vez, la ciencia, como se pregunta López Tamés, sea en su origen un cuento maravilloso que posteriormente ha sido sometido a verificación.



Caperucita Roja
Anaya, 1997
Ilustración de Juan Ramón Alonso

II) ¿Quién puede contar cuentos?

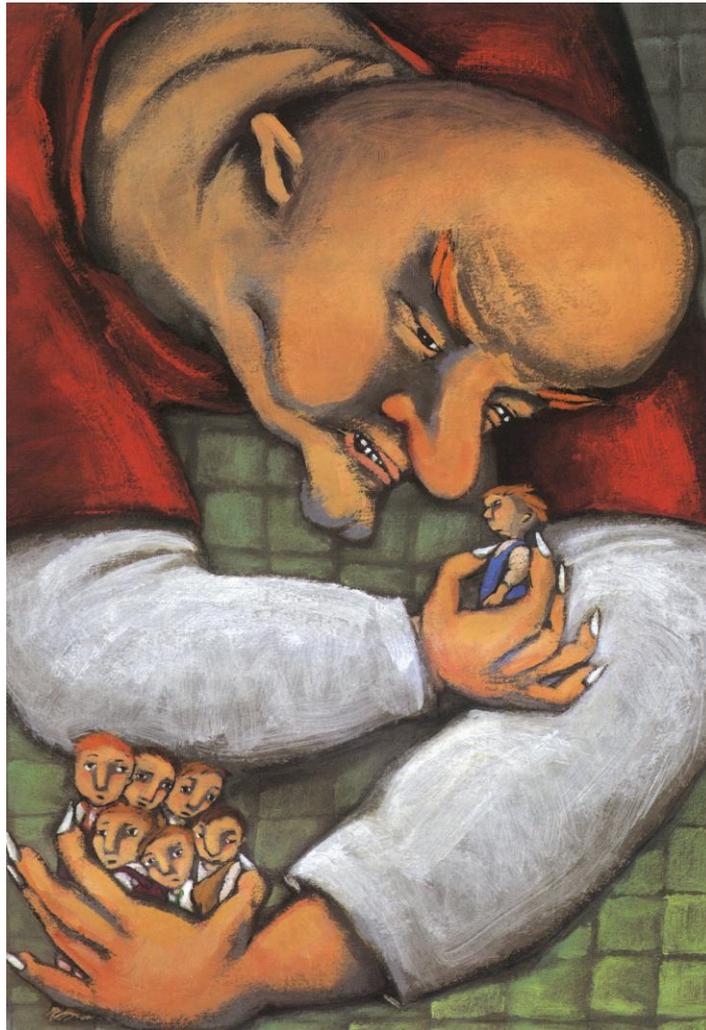
Todo el mundo. Absolutamente todas las personas podemos contar cuentos. Porque todos somos narradores, todos somos más o menos expertos en este arte al alcance de todos. Podemos sin duda perfeccionarnos en ese arte de contar bien, pero la realidad es que la narración es una actividad permanente en nuestra vida. Pensemos que la mayor parte del tiempo que dedicamos a comunicarnos con los demás o con nosotros mismos, la ocupamos en contar lo que nos ha ocurrido, o lo que hemos visto, soñado, imaginado o escuchado. O en recordar. Todas son formas de la narración oral.

“Espontáneamente, instintivamente, el hombre es un narrador. Todos somos diariamente Simbad, aquel mercader que vivía en Bagdad y que un día se embarca para ir a negociar a lejanas tierras, sufre un naufragio y corre aventuras sin cuento”. (Landeró, 2001, p. 77).

Efectivamente, cada comienzo de curso en la Universidad de Cantabria, cuando no conozco todavía de nada a mis estudiantes de Magisterio, me propongo mostrarles que hay historias fascinantes por descubrir y demostrarles que se pueden disfrutar y compartir contándolas de forma sencilla y espontánea. Y, sin avisarles, me convierto en Simbad para contarles la espléndida historia de su séptimo viaje cuando, náufrago, alcanza a llegar a una isla que parece desierta, camina, perdido, entres sus frondosos bosques y, de pronto, a la orilla de un río, se encuentra con un hombre muy viejo, muy flaco, y tullido de una pierna. El viejecito le pide ayuda y Simbad, generoso, le carga sobre sus cansados hombros... No hay que poseer dotes y cualidades especiales de “cuentacuentos”, no hay que ser actor ni orador, dominar técnicas teatrales ni disfrazarse. Sólo hay que tener una buena historia y el deseo sincero de transmitirla con la convicción de que es un regalo valioso y único. Y hacer patente que todo el mundo sabe, que todo el mundo puede contar. Los maestros y los profesores de todos los niveles educativos, los padres y madres, los abuelos, los bibliotecarios,... no sólo los cuentacuentos profesionales.

Recordando a Sócrates, se trata de despertar a la conciencia de un saber que ya sabes, pero que no sabes que sabes, y como nos recuerda con gracia Luis Landeró:

“Todos somos más o menos sabios en el arte de narrar antes de que los profesores nos inicien en la erudición de las técnicas narrativas (o “tecniquerías”, como decía Unamuno), del mismo modo que, desde la infancia, manejamos gentilmente la gramática por más que los lingüistas vengan después a demostrarnos que, hasta su advenimiento, hemos vivido en la más absoluta ignorancia gramatical”. (Landeró, 2001, pp. 83-84).



Pulgarcito
 Anaya, 1997
 Ilustración de Carme Solé i Vendrell

III. ¿Cómo contar los cuentos?

Contar cuentos no es dramatizarlos, actividad sin duda atractiva, pero que persigue otros distintos fines. Por el contrario: en discrepancia con algunos otros profesores y especialistas, y en coincidencia plena con Georges Jean, precisamente considero que:

“Hay que evitar hacer teatro cuando se cuenta, y contar cuando se hace teatro” (Jean, 1988, p. 266)

Asimismo, establezcamos con claridad algo que parece obvio, pero que sin embargo es creencia muy extendida, y es el hecho de que contar cuentos no es leer cuentos en voz alta. La lectura de cuentos, la lectura narrada con emoción y buena dicción, también es atractiva e impulsora del deseo de leer, porque incita a los pequeños a descubrir ese código misterioso de los libros. Debiera empezar muy pronto para los

niños que aún no saben leer y para los niños ya lectores como una importante actividad de la lectura comprensiva y otra forma más de animación y de educación literaria.

Contar cuentos es decir los cuentos, narrarlos desde la oralidad con fuerza y verdad, transmitir las historias de un modo directo y personal, lo que conlleva el máximo grado de implicación y de afectividad. Es una comunicación sin intermediarios, sea uno o muchos los receptores.

Contar cuentos exige una selección y una elección muy personal, porque:

- La historia te tiene que atrapar primero a ti.
- Hay que aprenderse muy bien la trama y captar en su esencialidad los detalles más importantes del contexto y los personajes.
- .Es esencial desear vivamente que otros la conozcan y la disfruten.
 - No hay un modelo del buen contar. Ésta es una de las creencias que más daño nos han hecho. Lo más decisivo es que cada uno tiene que explorar sus propias y personales aptitudes, creer en ellas porque es seguro que las posee, descubrir cuál es su manera más cómoda de dirigirse a un auditorio y explorar cuáles son sus recursos. Y empezar a contar, primero en espacios dominados, con oyentes que no te inhiban, con historias cortas y fáciles.

Con el tiempo, podemos proponernos aprender a usar mejor nuestra voz, conseguir una buena dicción, tono y volumen, a modularla. La mirada, el rostro, las manos, los gestos, etc. De nuestra faceta de cuentistas son instrumentos que poco a poco podemos ir explorando, en y con la práctica.

Hay que contar primero para uno mismo, aprenderse bien la estructura de los episodios concretos que conforman el relato, para dar la impresión de que se está improvisando. La seguridad interior del cuentista es muy importante. Por ello cada uno debe explorar la preparación, el entrenamiento que necesita para conseguir un “hablar vivo” y sincero. A l@s niñ@s no les gustan nada los cuentistas afectados, ni los que están demasiado “sobrados”; pero tampoco les gustan los que no escuchan con nitidez ni los que vacilan cada rato y menos aún los que demuestran que no se saben la historia. Estos factores son decisivos para la relación comunicativa y el impacto de la narración oral.

Como recapitulación, propongo, lo que podríamos considerar el decálogo del buen contador, diez consideraciones y cuatro más de propina que debemos tener en cuenta:

Saber bien la historia. Evitar vacíos, errores y vacilaciones.

Realizar una adaptación personalizada del cuento, sin caer en la manipulación ni en la severa mutilación del relato original.

Encontrar los registros personales, aportar tus matices para interiorizar y transmitir el cuento.

Utilizar fórmulas de inicio y de cierre: “Érase una vez...”, “Y fueron felices...”

Mantener un tono de voz adecuado y natural.

. No gesticular ni hacer aspavientos.

Memorizar textualmente algunas frases, diálogos, coplillas... para repetir siempre.

Estar relajado y con ganas de regalar la historia.

Preparar al auditorio con un ambiente distendido y proporcionarle alguna información de lo que se va hacer.

Mantener la atención del auditorio cuidando que no se pierda la intriga de la historia y la emoción de sus contenidos..

Buscar la complicidad con la audiencia, hasta llegar a conmoverte con ellos.

No interrumpir el relato, no romper la magia.

Coleccionar un repertorio de cuentos estupendos y favoritos.

Repetir el cuento siempre que nos lo pidan.



Los deseos ridículos

Anaya, 1997

Ilustración de Ulises Wensell

IV. Tiempo, espacio, materiales.

Unas breves pinceladas sobre los requisitos, las condiciones para contar cuentos. Todos tienen una intención común, un propósito que me parece imprescindible y es el de ritualizar la actividad, darle un significado relevante y diferenciado.

En relación con el tiempo: establecer un tiempo “especial” y fijo en la programación escolar: la “hora” del cuento, el “día” del cuento.

En cuanto al espacio: elegir un lugar adecuado para la actividad: sin ruido, en semipenumbra o con escasa iluminación, un ambiente dotado de cierto misterio y decorado con frases, murales alusivos, etc.

El mobiliario también es un detalle a tener en cuenta. Por ejemplo, para los pequeños: suelo con alfombras y cojines y un sillón para el cuentista; para los mayores: sillas diferentes a las habituales o sillones, etc.



El sastrecillo valiente
Galaxia Gutemberg-Círculo de Lectores, 1996
Ilustración de Nikolaus Heidelbach

V. Actividades y trucos paralelos.

En torno a la narración oral de los cuentos, al entusiasmo que suele despertar en los niños, se pueden desarrollar muchas otras actividades de gran interés educativo para el desarrollo de la lectura y la escritura, para la competencia comunicativa oral y escrita y para contribuir a cimentar la seducción por la literatura. Hay muchas propuestas y bibliografía al respecto de las que he seleccionado para esta ocasión las siguientes:

- “Cuentos del día después”. Es una derivación de una de las conocidas técnicas de Gianni Rodari, que sigue siendo fuente inagotable de recursos. Consiste en contar el cuento hasta la mitad y al día siguiente los niños lo continúan y se inventan un final. Para finalizar se compara con el original.
- “Te equivocas”. La describe Montserrat Sarto: se cuenta el cuento correctamente una vez. La segunda ocasión se narra con equivocaciones intencionadas, Los oyentes deben decir “te equivocas” cada vez que se produce un error. Los pequeños mantienen la atención, participan y se divierten con este juego.
- “Un cesto lleno de iconos”. Es una invención de Juan José Lage, maestro y director de la revista *Platero*. Se prepara un cesto, maleta, caja o cualquier recipiente grande y en el mismo se introducen iconos y objetos relacionados con los cuentos clásicos, populares y actuales: la manzana de Blancanieves, el zapatito de Cenicienta, la manta de colores de Elmer... Un niño introduce la mano, saca un objeto y se inventa un cuento que debe tener relación con ese objeto.
- “Busca otro título”. Se cuenta una historia y se les pide a los niños que le pongan un título, justificándolo.
- “Juego de la mímica”. Se cuenta una historia y en paralelo varios alumnos representan con gestos el relato. El cuento debe ser breve para facilitar la comprensión y la actividad misma. Yo lo he experimentado con estudiantes universitarios a partir de dos historias que se prestan muy bien a esta divertida práctica: “Ratón muy alto y Ratón muy bajo” de *Historias de ratones* de Arnold Lobel y *Los dos monstruos* de David McKee.

Estas y otras muchas posibles técnicas de invención de cuentos orales y escritos fomentan, además de las competencias lingüísticas, la creatividad y el desarrollo de la imaginación y constituyen un espacio educativo que es preciso ampliar.

Para finalizar, no resisto a la tentación de recordar un cuento estupendo para contar, *Epaminondas y su madrina*, cuento negro de los Estados Unidos del Sur en la versión castellana de Marta Mata, el cual siempre despierta la risa de los pequeños entre 4 y 8 años, que esta vez se sienten mucho más listos que el protagonista. Es uno de mis cuentos populares favoritos:

“Había una vez una buena mujer que sólo tenía un hijo. Como la buena mujer era muy pobre y no podía dar gran cosa a su hijo, quiso ponerle por lo menos un gran nombre. Por eso le llamó Epaminondas, que es el nombre de una antiguo general griego, muy famosos porque ganó dos célebres batallas.

El niño tenía pues un nombre glorioso, pero no parecía que eso le importara demasiado.

Su madrina le quería mucho y le daba alguna cosa cada vez que Epaminondas iba a visitarla.

EL BIZCOCHO.

Un buen día, la madrina le regaló un bizcocho.

- No lo pierdas, Epaminondas, no lo pierdas. Llévatelo a casa muy apretado- le dijo.

- No temas, madrina, no lo perderé –contestó Epaminondas.

Pero apretó la mano con tanta fuerza, que cuando llegó a casa ya no quedaban más que unas pocas migajas.

- ¿Qué traes aquí, Epaminondas?

- Un bizcocho, madre.

- ¡Un bizcocho! ¡Válgame Dios! ¿Qué has hecho de la inteligencia que te di cuando viniste al mundo? ¿Qué maneras son éstas de llevar un bizcocho? Para llevar bien un bizcocho se envuelve, muy bien envuelto, en un papel de seda, y después se mete dentro del sombrero. Entonces te pones el sombrero, y muy despacio y muy derecho, para que no se te caiga, vienes tranquilamente a casa. ¿Has entendido?

- Sí madre- contestó Epaminondas.

LA MANTEQUILLA.

A los pocos días fue otra vez a casa de su madrina y ésta le regaló un hermoso pedazo de mantequilla fresca para su madre.

Epaminondas cogió la mantequilla, la envolvió en un papel de seda cuidadosamente y la puso debajo de su sombrero; luego se colocó el sombrero sobre la cabeza y empezó a andar hacia su casa muy derecho y muy despacio.

Era verano y el sol abrasaba; la mantequilla empezó a derretirse dentro del sombrero y goteaba por todas partes. Y cuando Epaminondas llegó a su casa, la mantequilla no estaba “dentro” del sombrero, sino “encima” de Epaminondas.

La madre, al verle, se echó las manos a la cabeza.

- ¡Epaminondas! ¿Qué traes aquí?

- Mantequilla, madre.

- ¿Mantequilla? ¡Válgame Dios, Epaminondas! ¿Qué has hecho de la inteligencia que te di cuando viniste al mundo? La mantequilla, para llevarla bien, tienes que envolverla en hojas frescas y, a lo largo del camino, la mojarás una y otra vez en todas las fuentes que veas hasta llegar a casa. ¿Has entendido?

- Sí madre- contestó Epaminondas.

EL PERRITO.

La vez siguiente, cuando Epaminondas fue a visitar a su madrina, le regaló un perrito muy mono.

Epaminondas, ni corto ni perezoso, lo envolvió en unas grandes y frescas hojas, y por el camino lo fue mojando en todas las fuentes hasta llegar a casa; y cuando llegó el pobre perrito estaba medio muerto y tiritando.

- ¡Dios nos asista! Epaminondas, hijo mío, ¿qué traes aquí?

- Un perrito, madre.

- ¿Un perrito? Epaminondas, Epaminondas, ¿Qué has hecho de la inteligencia que te di cuando viniste al mundo? Ésta no es manera de llevar un perrito. Un perrito se lleva atándole una cuerda al cuello y tirando de ella con mucho cuidado, “así” para que el animalito ande. ¿Has entendido?

- Sí madre- contestó Epaminondas.

EL PAN.

Cuando volvió a casa de su madrina, la buena mujer le regaló un pan recién sacado del horno, crujiente y doradito.

Epaminondas le ató una cuerda, y tirando de él con mucho cuidado, “así” volvió a casa.

- ¡Dios mío!, ¿Qué traes aquí, Epaminondas, hijo mío?

- Un pan, madre, que me ha regalado mi madrina.

- ¿Un pan? ¡Ay, Epaminondas, Epaminondas! No tienes ni así de inteligencia, ni nunca has tenido, ni nunca tendrás. Ni volverás a casa de tu madrina ni te explicaré nada ya. Desde ahora iré yo a todas partes.

LOS PASTELES.

Al día siguiente, su madre se preparó para ir a casa de su madrina y le dijo:

- Epaminondas, hijo mío, fíjate bien en lo que voy a decirte. Tú has visto que acabo de cocer en el horno seis pasteles y los he puesto sobre una tabla delante de la puerta para que se enfríen. Vigila que no se los coma el gato y, si tienes que salir, mira bien cómo pasas por encima de ellos con cuidado.

- Sí, madre –contestó Epaminondas.

Y cuando Epaminondas quiso salir “miró muy bien cómo pasaba por encima de ellos con cuidado” –uno, dos, tres, cuatro, cinco...- mientras ponía exactamente los pies encima de cada pastel.

¿Y sabéis lo que pasó cuando volvió su madre? Nadie ha sabido explicármelo, pero a lo mejor vosotros lo adivináis.

Lo que es seguro es que Epaminondas no probó aquellos pasteles”.



Los músicos de Bremen

Galaxia Gutenberg-Círculo de Lectores, 1996

Ilustración de Nikolaus Heidelbach

BIBLIOGRAFÍA

- BALASCH BLANCH, E., 2003. *Una historia mágica de los cuentos*. Madrid: Oberon, Grupo Anaya.
- DEMERS, J. (1982). *Quand le conte se constitue en objet. Litterature*, febrero. Université de Paris.
- GONZÁLEZ, A. (2000). *119 + 1 = 120 poemas*. Visor Libros.
- JEAN, G. (1988). *El poder de los cuentos*. Barcelona: Pirene.
- LAGE, J.J. (2008). “El rincón del cuento”, Peonza, junio, pp. 11-17.
- LANDERO, L. (2001). *Entre líneas: el cuento o la vida*, Barcelona: Tusquets
- LÓPEZ TAMÉS, R. (1985). *Introducción a la literatura infantil*. Universidad de Santander. 2ª edición, Universidad de Murcia.
- MATA J. (2004). *Como mirar a la luna. Confesiones a una maestra sobre la formación del lector*. Barcelona: Graó.
- PENNAC, D.(1993). *Como una novela*. Barcelona: Anagrama.
- RODARI, G. (1973). *Cuentos por teléfono*. Barcelona: Juventud.
- (1980). *Cuentos para jugar*. . Barcelona: Alfaguara.
- (1996). *Gramática de la fantasía*. Barcelona: Del Bronce.
- SARTO, M. (1998). *Animación a la lectura con nuevas estrategias*. Madrid: SM.
- TEJERINA, I. (2008). “Un modelo de análisis del álbum. *Siete ratones ciegos* de Ed Young”, *Cuadernos de Literatura Infantil y Juvenil CLIJ*, 215, mayo, pp. 44-52.
- VARGAS LLOSA, M. (2008). “Contar cuentos”, *El País*, domingo 29 de junio de 2008.